

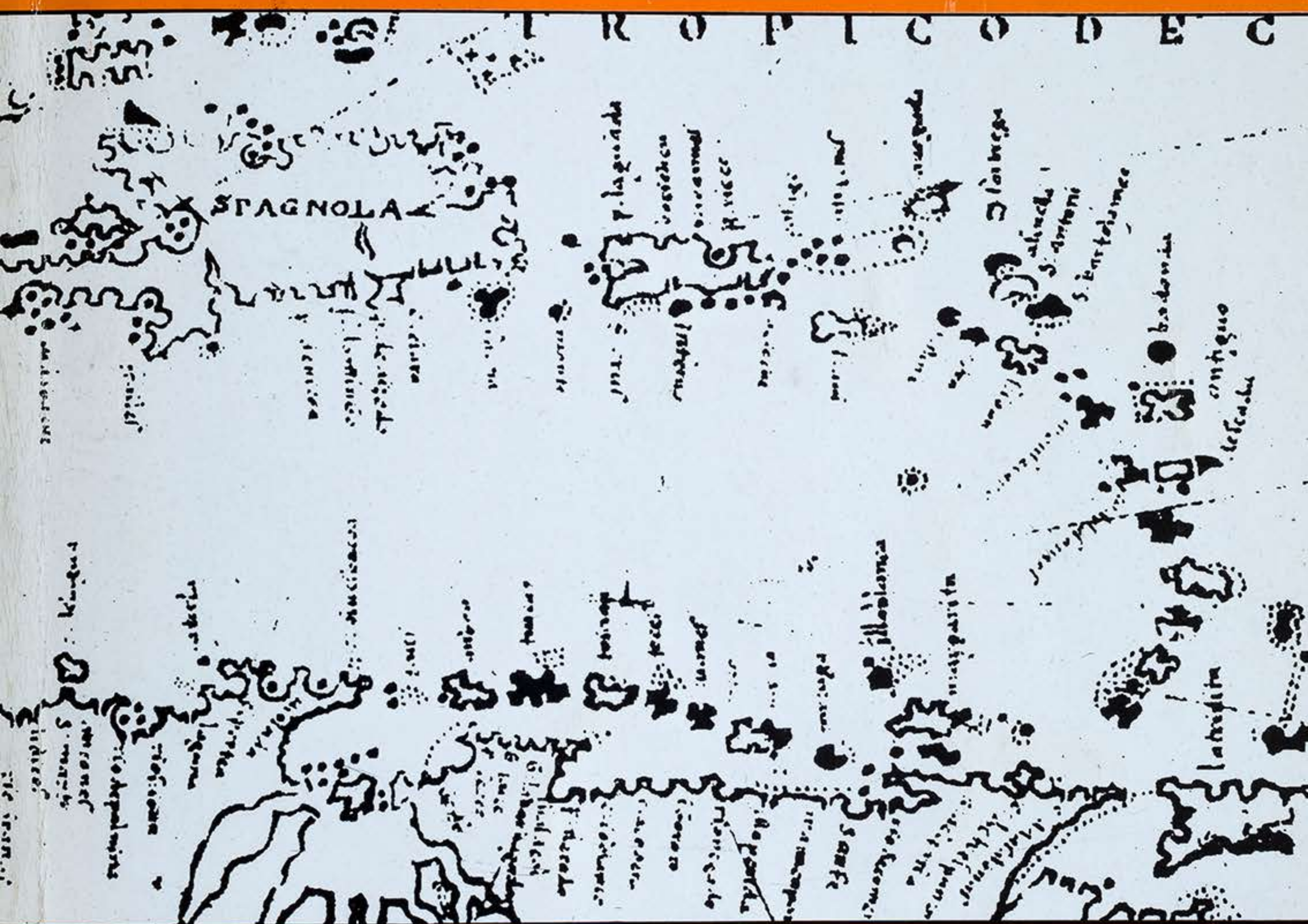
TIERRA FIRME

66

revista de historia y ciencias sociales

Caracas, Abril-junio, 1999

Año 17. Vol. XVII



En este número:

- ² Michel de Certeau
Las políticas del silencio: la larga marcha de los indios
- ² José A. Rodríguez
El primer registro fílmico de un sismo en Venezuela
- ² Jorge Rojas Hernández
Sociedad dualizada
- ² Ximena Agudo
El orden y el caos en una nueva dimensión de la cultura

TIERRA FIRME

agradece el auspicio financiero del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICIT) y del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC)

TIERRA FIRME

Revista trimestral **arbitrada**. Los trabajos publicados en

Tierra Firme aparecen reseñados en:

Social and Human Sciences Documentation, Unesco, París;

Clase, Departamento de Biblioteca Latinoamericana, México;

Word List of Ciencias Sociales, Unesco, Francia;

Sociological Abstracts, UCLA, Estados Unidos

y **Revista Interamericana de Bibliografía**, O.E.A.,

Washington, Estados Unidos.

AÑO 17 - VOLUMEN XVII
 ABRIL-JUNIO 1999

Presentación	207
<i>Michel de Certeau</i> Las políticas del silencio: la larga marcha de los indios	209
<i>Ximena Agudo</i> El orden y el caos en una nueva dimensión de la cultura	219
<i>Jorge Rojas Hernández</i> Sociedad dualizada	237
<i>Iraida Vargas Arenas</i> Las historias regionales y locales en el contexto neoliberal	267
<i>Eduardo Medina Rubio</i> Pehr Löefling, un botánico que viajó por Cumaná y la Guayana (1754-1756)	283
<i>Emmanuel Borgucci, Esmeralda Villegas, Nelson Labarca, Caterina Clemenza</i> Incorporación económica de la región zuliana dentro del contexto de Venezuela: una perspectiva histórica	299
<i>José Antonio Rodríguez Arteaga</i> "...Y volvió a temblar en Cumaná"	311
<i>Alvaro A. García Castro</i> Abejas, cera y miel en las crónicas en Venezuela	323
<i>Ramón Querales</i> Buenavista de Cuara en la ruta de Nicolás Federmann	339
Reseñas y recensiones	347

TIERRA FIRME**REVISTA DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES**

Caracas, Venezuela

Fundada en 1983

1983 - 1999, Números. 1-66

ISSN: 0798-2968

Depósito Legal pp. 83-0016

TIERRA FIRME**REVISTA DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES**

Avenida Edison

Centro Comercial Los Chaguaramos

Piso 9, Oficina N° 9-9

Teléfono: (58-2) 662.45.17 (Telefax)

Apartado postal 47.687

Caracas, 1041-A - Venezuela

Correo Aéreo

Un año, cuatro volúmenes

Venezuela:

Suscripción normal: Bs. 8.000,00

Suscripción de apoyo: Bs. 10.000,00

Extranjero:

América Latina, USA,

Europa y otros Continentes: US \$ 80,00

El orden y el caos en una nueva dimensión de la cultura

Ximena Agudo
Universidad Central de Venezuela

RESUMEN: Este trabajo se propone evaluar cómo participan del proceso de transformaciones que han tenido lugar en el interior de las ciencias sociales algunas de las proposiciones teóricas y epistemológicas que, durante las últimas décadas, interrogan el orden del conocimiento moderno. Los estudios culturales, los estudios sobre la subalternidad y la africanología sirven para analizar algunos de los aspectos a través de los cuales se busca la redefinición de las ciencias sociales en el contexto contemporáneo. Así la relación entre el investigador y el investigado; la restitución del espacio y del tiempo, como variables internas del análisis y la conjunción entre los ámbitos de lo político, lo económico, lo social y/o lo cultural son algunos de los problemas que aquí se discuten.

PALABRAS CLAVES: Modernidad, subalternidad, tiempo, espacio, africanología, estudios culturales, indología, sociedad-mundo, lucha cultural.



¿Cuál es la proyección posible de las ciencias sociales para el siglo XXI?, constituye una de las interrogantes que ocupa a los especialistas que participan del debate contemporáneo con respecto del actual orden mundial. Con este trabajo no intentamos dar respuesta a una interrogante de tal envergadura. Sin embargo, nos proponemos evaluar cómo participa, del proceso de transformaciones que ha tenido lugar al interior de las ciencias sociales, un conjunto de proposiciones teóricas y epistemológicas que nos informan de dichas transformaciones.

Alrededor de estas últimas, para mencionar sólo algunas, concurren nuevas interpretaciones acerca de la identidad y su

relación con el modelo fundacional de los estados nacionales y el papel de éste último en la proyección tanto del colonialismo como del imperialismo: re-construcciones históricas que cuestionan los criterios de validez a través de los cuales se ha construido el conocimiento y que revelan fórmulas y prácticas eurocéntricas de alcance planetario: re-interpretaciones y cambios en torno a las relaciones, del pasado y del presente, entre distintos tipos de "sujetos históricos".

Creemos pertinente, para organizar este trabajo, retomar algunos de los problemas teórico-metodológicos que han sido enunciados como centrales en la construcción del conocimiento en la actualidad. La relación entre el investigador y el investigado; la

restitución del espacio y el tiempo como variables internas del análisis y la conjunción entre los ámbitos de lo político, lo económico, lo social y/o lo cultural (Wallerstein 1996, 81-83) son algunos de los aspectos a través de los cuales se busca la redefinición de las ciencias sociales en el contexto contemporáneo. Porque creemos que la discusión de estos tres problemas forman parte de un complejo entramado, en el cual los tres problemas enunciados se retroalimentan mutuamente, centraremos nuestra reflexión en torno al problema del tiempo y del espacio, con la seguridad de que, a partir de allí, derivaremos hacia conclusiones analíticas respecto de los otros dos.

DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO

Una de las claves de que el espacio y el tiempo constituyan variables —inseparables— socialmente construidas nos la proporciona la misma construcción histórica de las ciencias sociales (Wallerstein 1996). Tres momentos diferentes se distinguen en este proceso desde el siglo XIX hasta el presente.

El primero de ellos nos informa que hacia fines del siglo XIX se había consolidado ya una diferencia sustancial entre las disciplinas que conformaban el sistema de conocimiento erigido para articular las ciencias sociales. Esta forma de organización del conocimiento hacía entonces una clara distinción entre el *mundo no moderno* (historia, antropología y los estudios orientales) y el *mundo moderno/civilizado* (economía, ciencia política y sociología). La diferencia radical entre el pasado y el presente domina este período haciendo posible, de esta manera, la

construcción de una representación social subsidiaria del espacio-mundo regida por las diferencias temporales. La relación oposicional entre primitivos y civilizados es consecuencia de ello y la palabra clave que los coloca en situación de relación y exclusión simultáneas, como representación social del tiempo, es el “progreso”. El tiempo, como una construcción social discontinua, pero unívoca (evolución), domina la organización y construcción del conocimiento durante buena parte de la primera mitad del siglo XX. Momento para el cual esta diferencia radical comienza a ser reformulada.

Después de 1945, el eje de la producción científica se desplaza de Europa hacia los Estados Unidos y con este desplazamiento la diferencia entre el pasado y el presente encuentra un nuevo reacomodo a través del *ordenamiento del espacio*. Una nueva categoría permite la reorganización del trabajo intelectual: los estudios de áreas. Su idea básica era muy sencilla: un área era una zona geográfica grande que supuestamente tenía alguna coherencia cultural, histórica y frecuentemente lingüística. Los estudios de área fueron entendidos como un campo en el que podía reunirse gran cantidad de especialistas en base a un interés en torno a un área determinada o parte de ella (Wallerstein 1996, 40-41).

En este segundo momento, el espacio, como categoría de orden, pasa a un primer plano y contiene en su interior (en cada área) la diferencia primigenia establecida con respecto del tiempo en el período precedente. La relación de discontinuidad entre pasado y presente se estudia ahora *localizadamente*. Una segunda diferencia radical, la que separa a Occidente de las áreas no Occidentales,

resulta de este proceso y de ella deriva una representación social del espacio que se traduce en la relación "centro/periferia", concomitante a una nueva representación social del tiempo que se expresa en la relación "desarrollo/subdesarrollo". La tesis fundamental era la de que existe un camino común para todos los pueblos/naciones/áreas/regiones: el camino universal de la modernización. En el entendido de que los pueblos, naciones, áreas o regiones se encuentran en etapas diferentes de dicho camino, los principios de la teoría de la modernización/desarrollo regían las relaciones tanto intraterritoriales (locales) como interterritoriales (planetarias).

La naturaleza dicotómica contenida en la discontinuidad que opera en la organización de los espacios occidentales y no occidentales coloca en primer plano la construcción del espacio de la cual la relación "centro/periferia" constituye su representación social más explícita. Tal representación adquiere sus perfiles históricos a través de ordenamientos espaciales que aluden al desplazamiento de los ejes geográficos alrededor de los cuales se le asignan un *lugar y un papel* al centro y otros diferentes a la periferia. Es así como, después de la disolución de los bloques Este/Oeste, el acomodo de la geografía de conformidad con un eje Norte/Sur verifica, aún hoy en día, la vigencia de un ordenamiento del espacio-mundo que se resiste a renunciar al arreglo de unidades discontinuas y en relación jerárquica y desigual: la rotación y desplazamiento de los

ejes que ordenan el espacio están profundamente arraigados a la idea de *equilibrio*.

En un espacio-mundo finito, y desde siglos engranados a los poderes del centro en relación de complementaridad desigual, la *doctrina del expansionismo* del siglo XIX cede el paso a la *doctrina del equilibrio* con el avance del siglo XX: una respuesta a los efectos de las dos guerras mundiales y las tensiones existentes entre los poderes europeos. El *regionalismo* es la expresión geográfica de este *equilibrio*: supone que las distintas partes del mundo son estables, coherentes, bien demarcadas y cuya tendencia es a mantenerse de esa manera. En síntesis, cada región es, como

configuración cultural, *específica*: con un valor y propiedades que le son, por encima de todo, *intrínsecos*. El *equilibrio, el orden y/o la estabilidad* son entonces valores que oscurecen las relaciones de poder desigual que operan entre el Norte y el Sur, el desarrollo y el subdesarrollo. De ahí que las expectativas, hoy en día, de un arreglo planetario, supranacional, demande de una adecuación progresiva, armónica y estable de las regiones del Sur y las regiones del Norte, sin que por ello deban alterarse las relaciones de poder desigual que rigen en la configuración del espacio y el tiempo a partir de unidades diferenciadas y discontinuas.

Un tercer momento en el proceso de construcción de las ciencias sociales tiene lugar a partir de 1960. La práctica multidisciplinaria,

La tesis fundamental era la de que existe un camino común para todos los pueblos/naciones/áreas/regiones: el camino universal de la modernización

favorecida durante el período anterior, puso de manifiesto que había una dosis considerable de artificialidad en las nítidas separaciones del conocimiento de las ciencias sociales (disciplinas que estudian el pasado y disciplinas que estudian el presente), lo cual a su vez, debilitó la segregación intelectual operante entre el estudio de occidente y las áreas no occidentales.

Las múltiples superposiciones entre las disciplinas (del pasado y del presente) y el debilitamiento de las barreras geográficas de las representaciones espaciales han tenido una doble consecuencia: el cuestionamiento en torno a la coherencia de las disciplinas y el cuestionamiento de la legitimidad de las premisas que cada una de ellas había utilizado para defender su derecho a una existencia independiente. La intención de disolver las representaciones del espacio y del tiempo como unidades discontinuas, a partir de la década del setenta, se expresa en la emergencia de nuevas voces entre los científicos sociales que planteaban cuestiones teóricas y metodológicas que han posibilitado la construcción de una nueva consciencia espacio-temporal.

A través de estas nuevas representaciones del espacio y del tiempo ha sido posible restituir los vínculos entre las "culturas del pasado" (tradicionales) y las "culturas del presente" (modernas), y re-construir las relaciones entre el Occidente y las áreas hasta entonces diferenciadas como no occidentales.

Estos tres momentos sirven para ilustrar el proceso de construcción del conocimiento en las ciencias sociales, pero de ninguna manera constituyen un proceso estable y unívoco. De hecho, los supuestos sobre los

cuales se edifican los tres momentos descritos conviven al interior del debate contemporáneo como tendencias en conflicto en las que las representaciones sociales del espacio y del tiempo continúan siendo uno de los ejes que organizan tanto a los distintos discursos como al debate.

Un ejemplo de ello lo constituye lo que podríamos identificar como "la narrativa de la globalización". Al interior de ésta podemos identificar al menos dos discursos diferentes.

Uno de ellos parece sugerir que la complejidad de los procesos culturales y de transformaciones sociopolíticas contemporáneos se inscriben dentro de una "nueva fase" en la que las tecnologías comunicacionales (progreso) y/o la economía de mercado (desarrollo) actúan de manera determinante. Tendencia según la cual el espacio-mundo parece re-acomodarse en la búsqueda de un *nuevo equilibrio*: "orden mundial", "sistema mundo", "interdependencia", "multiculturalismo", "equilibrio hemisférico" son algunas de las nociones más frecuentes que aluden al re-acomodo de las diferencias, tensiones, pluralidades que han eclosionado durante las últimas décadas.

Se trata de una reciente versión de la inexorabilidad de un proceso desde el cual parece imponerse una "identidad", ahora supranacional (o supraterritorial), como construcción social de una nueva comunidad imaginada (Smith 1990): construcción que expresa las expectativas que, desde el siglo pasado, han identificado tanto a liberales como a socialistas en torno a una *cultura mundial* (universal). Es decir, un mecanismo mediante el cual la *modernización*, como proyecto, sigue vigente y erosiona toda forma local y particular.

Tal construcción es, por lo tanto, portadora de signos y símbolos identitarios que, más que promover la diversidad, ejercen la subordinación de las diferencias y que ahora, dentro de la narrativa de la globalización, parecen abogar por la integración armónica de las distintas regiones que conforman el mapa del espacio-mundo.

Es de esta manera y en este tipo de discurso que el "progreso" se naturaliza y su discusión, como representación social del tiempo, pierde relevancia en el contexto del debate social contemporáneo, en detrimento de un mejor acomodo de los países en "vías de desarrollo" en el orden económico mundial.

La representación del espacio, edificada en la diferencia entre occidente y áreas no occidentales (hoy Norte/Sur), que se expresa en la relación "centro/periferia", como representación social del espacio, cobra de esta manera un nuevo aliento aunque tal nomenclatura se encuentre en desuso.

Los procesos contemporáneos así entendidos promueven la resignificación de los viejos principios "universalistas" que inspiraron a los científicos sociales del siglo XIX y a partir de los cuales la multiplicidad es subsumida en la unidad. Proceso este último que es y ha sido posible gracias a mecanismos geohistóricos específicos de construcción social de las identidades nacionales y/o regionales.

Un modelo particular de organización histórico-territorial es el que activa tales mecanismos: *el modelo de organización fundacional de los estados nacionales*. Así, además de que lo múltiple se disuelve en la unidad, lo diferente lo hace en la identidad.

El supuesto básico que sustenta a dicho modelo es el de que los territorios son identidades fijas y naturales en las que se desarrollan historias locales, creándose la ilusión de que las identidades (nacionales y/o regionales) son el resultado de historias independientes y no el resultado de relaciones históricas (Coronil 1996; Poulantzas 1978).

Con este tipo de ilusiones ha sido posible edificar el mapa de la gran familia de las naciones, cuyo soporte lo constituyen prácticas *inter-nacionales* a través de las cuales se definen y se ejercen relaciones jerárquicas y de poder desigual entre las partes (Thomson 1993). Se trata pues de una forma de concebir el espacio-mundo que se inspira en dos mitos de larga data: el mito del milagro europeo y el mito de los espacios vacíos (Blaut 1993). Y ambos aún hoy en día reverberan emblemáticamente bajo el signo de la "integración planetaria".

Por otro lado, podríamos hablar de un segundo tipo de discurso que, en atención tanto a procesos de integración como de diferenciación, pone el acento en las redes de interacción (políticas, económicas, sociales y/o culturales) que se expresan a través de los conflictos y tensiones que derivan de la necesidad de distintos actores sociales de conquistar y/o mantener espacios sociales de reconocimiento y legitimación.

Son las *tensiones* entre lo múltiple y lo unitario, la diferencia y la identidad (y no su *equilibrio y armonía*) los ejes alrededor de los cuales gravita este otro discurso. En él destaca la emergencia de una nueva consciencia tanto espacial como temporal que pone su acento en la llamada "crisis de los estados nacionales", entendidos como organización territorial,

étnica y gubernamental, compacta e isomórfica (Appadurai 1996, 42).

Esta crisis, aunque no apunta unívocamente hacia la disolución de los estados nacionales, sí revela el perímetro de las tensiones y conflictos dentro del cual se desliza lo que se interpreta como "crisis". Es decir, que dentro de dicho perímetro, por un lado, el discurso nacionalista tiende a preservar los vasos comunicantes con la ideología del *nacionalismo territorial*, lo cual promueve la idea de que las *entidades territoriales* son entidades independientes y separadas, de historias localizadas sobre las que se edifican las *entidades de lugar* y que mantienen relaciones contingentes con otras unidades pares. Mientras que por el otro, el *territorio* no parece ser la figura central del discurso de aquellos actores sociales —tradicionalmente subalternos— que en el escenario moderno responden a la presión ejercida en términos territoriales desde los estados soberanamente constituidos.

Las proposiciones teórico-metodológicas a las que haremos referencia a continuación ponen en evidencia cómo el combate con la geografía, en tanto modelo históricamente dominante de organización del espacio-mundo moderno, reside en las tensiones y conflictos mediante los cuales se expresa el reacomodo de las relaciones de poder en el escenario-mundo contemporáneo.

La forma en que operan las representaciones sociales del espacio y del tiempo desde el interior de cada una de estas proposiciones teórico-metodológicas bien nos informan de algunas de las transformaciones en el proceso de construcción del conocimiento en las ciencias sociales.

LA CULTURA COMO CAMPO DE BATALLA

Los estudios culturales emergen en el escenario de las ciencias sociales a partir de algunos de los hechos ya mencionados: el cuestionamiento a la coherencia de las disciplinas tradicionales y el cuestionamiento de la legitimidad de las premisas que las sustentan a partir de las cuales el pasado y el presente, y Occidente y las regiones no occidentales se construyen como entidades discontinuas.

Tres parecen ser los temas centrales de los estudios culturales en el estudio de los sistemas sociales históricos: los estudios "no eurocéntricos", el análisis histórico local, y los valores asociados con las realizaciones tecnológicas que derivan de la noción de progreso.

Concurren en estos estudios especialistas de casi todas las disciplinas, pero destacan los estudios de la literatura, los antropólogos y, los estudiosos comprometidos con los pueblos "olvidados" por la modernidad (Wallerstein 1996, 71).

Entre los primeros se encuentra Edward Said, cuya obra *Cultura e Imperialismo* (1996) constituye un excelente ejemplo de las nuevas rutas del conocimiento inauguradas por los estudios culturales.

Aunado al entrecruzamiento disciplinario favorecido por la institucionalización previa de los estudios de área, los estudios culturales al inaugurar nuevos espacios del conocimiento, redefinen viejos conceptos. Por un lado la "cultura"

...se refiere a todas aquellas prácticas como las artes de la descripción y la representación,

restituyen la experiencia común, tanto espacial como temporal, compartida por las sociedades antes colonizadas y los centros metropolitanos. Se sirve para ello de la narrativa porque

... los relatos se encuentran en el centro mismo de aquello que los exploradores y los novelistas afirman acerca de las regiones extrañas del mundo y también que se convierten en el método que los colonizados utilizan para afirmar su propia identidad y la existencia de su propia historia (Said 1996, 13).

En el contexto de la narrativa destaca la importancia de la novela porque

el imperialismo y la novela... son impensables el uno sin la otra. De todas las grandes formas literarias, la novela es la más reciente, su aparición el [sic] más datable, su ámbito el más occidental, su esquema normativo de la autoridad social el más estructurado: el imperialismo y la novela se refuerzan mutuamente hasta un grado en el que resulta imposible, diría, leer ésta sin, de alguna manera, encontrarse con aquélla (Said, 1996, 128).

De esta relación deriva que la novela contribuyó significativamente a forjar... sentimientos, actitudes y referencias y se convirtió en uno de los principales elementos de la visión consolidada o cultural departamental de la tierra (Said 1996, 132).

Said está convencido de que la historia del imperialismo y su "cultura" no pueden ser comprometidas de manera monolítica o compartimentada, ni de manera reducida, separada o diferente de la historia del "otro" ya que el imperialismo ha sido uno de los procesos históricos que ha logrado unir más a los pueblos del mundo. En consecuencia, la experiencia histórica del imperio hay que considerarla como algo común a todas las partes que en ella participan.

Identifica esta postura con una "actitud intelectual posimperialista" que se traduce

que posee relativa autonomía dentro de las esferas de lo económico, lo social y lo político, que muchas veces existen en forma estética, y cuyo principal objetivo es el placer (Said 1996, 12).

Pero por el otro se le imprime una connotación nueva, ahora política (Wallerstein 1996, 70). Desde este nuevo punto de vista:

... la cultura es una especie de teatro en el cual se enfrentan distintas causas políticas e ideológicas. Lejos de construir un plácido rincón de convivencia armónica, la cultura puede ser un auténtico campo de batalla en el que las causas se expongan a la luz del día y entren en liza unas con otras... (Said 1996, 14).

Los estudios culturales, al imprimirle esta nueva connotación al término "cultura" también restituyen las relaciones entre los distintos ámbitos que operan en las formaciones históricas. En el caso de Said, es la producción artística la que ilustra estos procesos de imbricación: la incorpora a los procesos de construcción social y pone en evidencia su participación en la construcción social de los procesos históricos. Como lo informa Said, negándose a las imprecisiones que gravitan alrededor de la noción de que las obras de arte son autónomas, demuestra cómo:

... la literatura emite constantes referencias a sí misma como participante en la expansión ultramarina de Europa y por tanto como parte de la creación de... "estructuras de sentimiento" que soportan, elaboran y consolidan la práctica imperial (Said 1996, 50; comillado del autor).

De manera alternativa a la diferenciación radical entre el pasado y el presente, los espacios occidentales y los no occidentales, el trabajo de Said propone la identificación de los elementos que ponen en contacto y

metodológicamente en el “análisis en contrapunto” de las diferentes experiencias, la del imperialismo y la de la resistencia: forma en que se despliega una historia que se construye con las interconexiones y vínculos entre estados, sociedades, grupos e identidades y en la que el pasado y el presente se informan mutuamente.

Esta actitud posimperialista tiene importantes implicaciones en lo que a la problemática de la identidad se refiere. Entiende la identidad como un proceso de construcción social —cultural y por lo tanto político— en el que se ponen de relieve los flujos de interconexión y de *copresencia* tanto espacial como temporal de los actores sociales que participan de los conflictos y tensiones de una experiencia cultural compartida.

Tal posición desafía los esencialismos —que se sustentan en modelos de organización histórico territorial, en los cuales las entidades territoriales se representan como unidades fijas, independientes y separadas— porque éstos afirman como esencial algo que es históricamente construido. Expresión del discurso geográfico que, concomitante a la ideología del nacionalismo territorial, construye el espacio como totalidad aglutinadora.

Esta noción de identidad fue el epicentro del pensamiento cultural durante la era del imperialismo. *El imperialismo supone pensar en establecerse y controlar tierras que no se poseen, que son lejanas, que están habitadas y pertenecen a otros.* (Said 1996, 40).

El énfasis de la proposición de Said, reside entonces en *vincular* y no en separar la experiencia histórica que es común a los

imperios y sus subordinados, y lo hace transdisciplinariamente: a través del encuentro de la política con la cultura y con la estética.

Al fracturar las fronteras artificiales, que han sido construidas disciplinariamente entre los ámbitos de lo político, lo cultural, lo social y/o lo económico, Said pone al descubierto un terreno oscurecido por los propios procesos de construcción del conocimiento en los que el tiempo y el espacio se construyen como unidades discontinuas.

Pero más aún, al encarar estos ámbitos como procesos fluctuantes y densamente entramados, el programa de Said, pone el descubierto los mecanismos que, retroalimentan y son retroalimentados por la discontinuidad contenida en las representaciones sociales del tiempo y del espacio (pasado/presente /occidente/no-occidente). Estos mecanismos surgen porque están unidos al desarrollo de una forma de identidad cultural, según la cual el mundo es imaginado en términos geográficos. Identifica estos mecanismos como “estructuras de actitud y referencia”:

...modo en que las estructuras de localización y de referencia geográfica aparecen en los lenguajes de la literatura, la historia, la etnografía a veces de manera alusiva y otras cuidadosamente tramados, a lo largo de abundantes obras individuales, que sólo muestran ese modo de conexión entre ellas o con la ideología oficial del imperio (Said 1996, 10).

Said entiende y confirma que los procesos del imperialismo se producen más allá de las leyes económicas y las decisiones políticas: la permanencia del imperio es posible desde los extremos que lo definen, tanto de los dirigentes como de los dirigidos a distancia, y gracias al

juego de sus respectivas interpretaciones de la historia común, sentido de la historia, emociones y tradiciones. Todo ello en contacto, entrelazado, la más de las veces en conflicto y, simultáneo.

De ahí que para Said sea tan importante establecer una diferencia entre lo concluido o no concluido de esa entramada historia del imperialismo y sobre todo de su "cultura". Es decir, la diferencia entre la implantación de asentamientos en territorios distantes, que sí es una práctica perimida, y la persistencia de *prácticas culturales* que retroalimentan y son retroalimentadas por las estructuras de sentimiento y referencia que se construyeron con la experiencia histórica del imperialismo y que aún tienen vigencia.

Como afirmamos al inicio de este trabajo, la actitud imperial sigue teniendo un espacio discursivo en la narrativa que versa sobre el actual orden mundial, ahora "global":

Lo notable en esta clase de discurso contemporáneo, que acepta la primacía y hasta la completa centralidad del Occidente, es cuán totalizadora es su forma, cuán envolventes sus actitudes y gestos, cuánto deja fuera aun cuando incluya, comprima y consolide (Said 1996, 61).

DEL ORDEN AL CAOS: EL SUJETO SUBALTERNO

Los estudios de la subalternidad se inician como una forma de intervenir en la historiografía surasiática hacia 1970 y como consecuencia de la creciente crisis del estado nacional indio: cuestionaban las interpretaciones colonialistas, nacionalistas y marxistas por extrapolar a la gente común de su condición de agentes históricos.

Con ellos se inaugura un nuevo espacio del conocimiento que ha permitido restaurar la historia de los subordinados. En poco tiempo, los estudios de la subalternidad se han convertido en una vigorosa crítica postcolonial cuya dimensión más notoria gravita alrededor tanto del colonialismo británico como del nacionalismo indio. En el centro de ambos se ubica la problemática de la dominación y de su abordaje emerge la especificidad de lo subalterno:

...atributo general de subordinación en la sociedad ya sea que esté expresado en términos de clase, casta, edad, género, ocupación o en cualquier otra forma (Guha 1997, 23).

La pluralidad de expresiones a través de lo cual se manifiesta lo subalterno exige el entrecruzamiento disciplinar y también en este nuevo espacio del conocimiento, el concepto de "cultura" adquiere nuevos contornos:

Un campo de acción tan vasto halla expresión metodológica en un enfoque interdisciplinario: los trabajos del grupo se interesan por la "historia", la política, la economía y la sociología de la subalternidad", tanto como por el estudio de las "actitudes, ideologías y sistemas de opinión", todo lo cual es integrado en la noción sintetizadora de cultura. (Rivera Cusicanqui y Barragán, 1997, 19; comillado de las autoras).

La misma pluralidad con que se manifiesta lo subalterno hace posible la variedad de los ángulos que se abordan. De ahí que desde sus inicios la intención del grupo de estudios de la subalternidad oscile entre recuperar al subalterno como sujeto fuera del discurso de la élite y analizar la subalternidad como efecto de sus sistemas discursivos.

En el primero de los casos la temática central es la apropiación de la subalternidad: cómo la nación fue primero imaginada en el

dominio cultural y luego preparada para la contienda política por una élite que "normalizó" las diversas aspiraciones subalternas en torno a la comunidad y la iniciativa histórica en el proceso de crear un estado-nación moderno (Prakash 1997, 301).

En el segundo caso, el énfasis reside en los textos y temas de las élites y en ellos se busca analizar las formas y mecanismos mediante los cuales opera la dominación para confrontar y subordinar formas diferentes de cultura y política. Es así como la relación entre élites y subalternos, a partir de una historia compartida, emerge de los pliegues mismos del discurso. La subalternidad, de esta manera, ya no aparece circunscrita a dominios separados ni distanciada de las prácticas coloniales o nacionalistas, ni fuera del discurso de sus agentes. Aparece incorporada a ellos, como otro de los agentes de la misma trama histórica y discursiva. Adquiere de esta manera el estatuto o condición de agente dotado de voluntad que, si bien los dominados buscan y/o logran suprimir o dominar, ciertamente fractura la construcción imaginada respecto de estos últimos.

La restitución de estas relaciones y cruces exhibe la voluntad de reconocer que la historia de la India, así como del resto del "tercer mundo" está obligada a ver en Europa el lugar original de la modernidad, lo moderno y la modernización del cual forma parte. Es decir, está obligada a *restituir las relaciones suprimidas* en el discurso colonial y nacionalista porque de no hacerlo suscribe los mecanismos de dominación que busca esclarecer: la naturaleza social de la construcción del espacio (Occidente/no-occidente) y el tiempo (pasado/presente) como unidades discontinuas y oposiciones binarias:

Oposiciones tales como Este/Oeste y colonizador/colonizado son sospechosas no solamente porque distorsionan la historia de tales compromisos sino también porque evita, suprime y marginaliza todo lo que trastorna los valores fundacionales (Prakash 1997, 307).

Tales valores fundacionales corresponden a la ideología del nacionalismo territorial sobre el que se edifican la actitud imperial y colonial primero y nacionalista después que, como hemos ya señalado, se sustenta en el supuesto de que los territorios son entidades fijas y naturales en las que se desarrollan historias locales, creándose la ilusión de que las identidades (nacionales y/o regionales) son el resultado de historias independiente y no el resultado de relaciones históricas.

El reconocimiento de que la historia de la India y la de Europa constituye un solo y complejo entramado encuentra su fundamentación crítica en la propia tradición académica india de los forjadores del grupo de estudios de la subalternidad. Una tradición que, asentada en centros universitarios de gran prestigio, ha mantenido vínculos estrechos con los mayores focos intelectuales de Europa. De ahí que la actitud crítica de este grupo de estudiosos emerja de su intimidad con la cultura hegemónica y sus formas de discurso:

...esta conciencia de nosotros mismos como sujetos coloniales, se ve transformada a su vez por nuestra experiencia, y por la relación que establecemos con nuestras propias tradiciones intelectuales (Das 1997, 279).

Al no rechazar las categorías occidentales se colocan en una nueva y más autónoma relación con ellas ya que les permite, al mismo tiempo, ponerlas a prueba y formular su crítica:

El objetivo de tal estrategia no es desenmascarar los discursos dominantes sino explorar sus fallas geológicas con el fin de

brindar recuentos diferentes, describir historias que se revelan en las grietas de la arqueología colonial del conocimiento (Prakash 1997, 307).

Tal cosa significa, al interior de los procesos de construcción del conocimiento, transformar las condiciones de imposibilidad en condiciones de posibilidad. Estamos hablando, entonces, de una estrategia desconstructiva (Spivak 1997, 253).

Esta estrategia opera exitosamente en el desmantelamiento —o desconstrucción— de la noción de orden (o bien de equilibrio, de estabilidad y/o de continuidad): de allí el acierto de los estudios de la subalternidad en colocar a los *momentos de rebelión y de contestación* en el centro de su mirada crítica.

Los momentos de rebelión y contestación son precisamente aquellos en los cuales los grupos y clases subalternas emergen como sujetos de sus propias historias y al hacerlo el orden construido por las disciplinas tradicionales entra en crisis y comienza a ser interrogado. Por lo tanto, la insurgencia de este sujeto altera también el *orden* del tiempo y del *espacio* por ellas construida: el *caos*, los momentos de rebelión y contestación se ubican en el centro de la relación oposicional “moderno/tradicional” (tiempo) y “urbano/rural” (espacio).

Por un lado, esta relación oposicional se expresa en el discurso tanto de colonialistas como de nacionalistas en su inclinación a tratar a los insurgentes campesinos como “masas esencialmente inertes”. Es decir, como un ente genérico, por tradición vinculado al campo y por tradicional inmovilizado temporalmente:

En los textos más tempranos, los intérpretes nacionalistas tanto como los colonialistas, se inclinaban a tratar a las “masas”

(predominantemente campesina)...como esencialmente inertes (Pandey 1997, 80; comillas del autor, subrayado X.A.).

Por el otro, atendiendo a las categorías de lugar, el centro de la *acción insurgente*, —porque contradice su condición de seres inertes— es colocada *fuera* de los territorios *naturales* (agrario-campesino-tradicional) construidos tanto por colonialistas como nacionalistas en la representación social del espacio discontinuo:

Cuando la insurrección campesina tuvo lugar y se expandió...los colonialistas la interpretaron como evidencia de la manipulación de “agitadores de afuera”, mientras que para los nacionalistas era evidencia de la intervención de los líderes populares urbanos...(Pandey 1997, 80; comillas del autor, subrayado X.A.).

Pero, de hecho, lo que demuestra la insurgencia de este sujeto es que altera el *orden* que también es administrado por las élites a través del tiempo y del espacio por ellas construidos. Con las rebeliones se manifiesta el sujeto subalterno y con sus acciones interviene en la historia de las élites. Entonces, la *desestabiliza*, la penetra, la cuestiona, la interrumpe: los momentos de rebelión —aún intermitentes y fragmentarios— son los momentos durante los cuales la historia local y la historia colonial-nacional confluyen para hacerse simultáneas. Es durante estos momentos de encuentro cuando el sujeto subalterno se instala en los espacios metropolitanos (coloniales y/o nacionales) regulados por las propias estructuras de la modernidad que lo dominan: sus leyes, su burocracia, su medicina y/o policía (véase en Shahid 1997 y Chakrabarty 1997).

Pero no todo está dicho en los estudios de la subalternidad. Los estudiosos de lo

subalterno, conscientes de su intimidad con la cultura hegemónica también cuestionan la autoridad del sujeto que investiga lo subalterno: reconocen que están ellos mismos inmersos en condiciones históricas tan imperativas como las que aducen para los agentes heterogéneos que estudian o consideran.

Por estar también ellos en condiciones de reproducir desde el interior del grupo muchas de las posiciones que critican desde su perspectiva, son objeto de su propia crítica destructiva (Spivak 1997): objetivan al subalterno para controlarlo mediante el conocimiento, aunque restauren su causalidad y autodeterminación; a través de "la subalternidad" expresan un deseo de totalidad que los hace cómplices de una ley que asigna un nombre propio indiferenciado al "subalterno"; la intención de investigar, descubrir y establecer la existencia de una "consciencia campesina o subalterna" parece sugerir la necesidad de acceder a "algo" que puede ser revelado: subyace aquí la presuposición de la existencia de una reflexión unívoca a partir de la cual la acción insurgente supone que refleja "una sola consciencia subyacente". Mas, a pesar de ello, el sujeto subalterno tiene un espacio asegurado entre todos aquellos que se interesan por las formas en que se despliega el mundo contemporáneo.

DE LA PERIFERIA AL CENTRO: UN MOVIMIENTO EN CONTRARIO

El mapa convencional que delimita al continente africano se ha ido alterando en las últimas décadas y de ello nos da cuenta la

africología: un área disciplinar específica para la cual la "cartografía africana" está constituida por el África continental, las Américas, el Caribe y varias regiones del Asia y el Pacífico. El alcance de este universo se propone como extensible —y tiene la intención de permanecer abierto— a cualquier grupo de personas que en cualquier lugar se declare como africana: única condición requerida para aceptarlos como parte del mundo africano, independientemente de la distancia en tiempo y espacio que guarden con respecto del viejo continente negro (Asante 1992).

Dos objetivos centrales animan la investigación africológica en su aspiración de consolidarse disciplinarmente: por un lado, la afirmación de un mundo más significativo para quienes viven en él con el fin de abrir espacios de mutua comprensión humana; y, por el otro, explicar la naturaleza humana tal y como se manifiesta en el escenario africano, en oposición a las visiones del conocimiento cuya intención reside en el desarrollo de un control cada vez mayor sobre la naturaleza (Asante 1997).

Desde una perspectiva holística e integrativa la africología se propone: primero, cuestionar todas las presuposiciones sobre la realidad, arraigadas en el particularismo e interpretarla como un proceso de construcción social; posición desde la cual se admite el lugar que ocupan otras formas de búsqueda humana en la adquisición del conocimiento. Segundo, la integración metodológica a partir de la cual se aceptan las proposiciones desarrolladas por la historia, la crítica literaria, la historia de la ciencia, la botánica, la economía, la biología, la política, la medicina, las leyes, etc. Por último, establecer vínculos entre el

investigador y el objeto de estudio, inspirándose en la experiencia africana dentro de cuya filosofía lo colectivo trasciende al individuo.

La africanología utiliza la historia como el factor integrador fundamental de los datos. Tres funciones se articulan alrededor de esta premisa: proporcionar explicaciones lógicas de la experiencia de los pueblos africanos desde el origen de la civilización al presente; reconstruir el papel jugado por el África en la cultura mundial e interpretar el comportamiento del pueblo africano a partir de la forma en que sus miembros se ven a sí mismos. De ahí que los estudios africanológicos sean deliberadamente “afrocentristas”.

Los antecedentes de la africanología y su perspectiva centrista —perspectiva dentro de la cual también es ubicada la obra de Martin Bernal (1987) como proyecto de lo “históricamente correcto” (Masolo 1994)— los encontramos durante el período de entreguerra y están vinculados a movimientos artísticos, literarios, plásticos y musicales tanto europeos como norteamericanos.

El primero de estos antecedentes lo constituye el concepto de “negritud” a través del cual la corriente literaria francófona critica la “actitud occidental” cuya ideología y expresiones académicas —inspiradas en Hegel y Kant— se sustentan en la relación entre *raza* y *geografía*. El segundo de estos antecedentes es el movimiento literario norteamericano conocido como “Renacimiento de Harlem”, el cual inicialmente preocupado por los problemas constitucionales de los negros en Norteamérica, más tarde le da tanto forma como contenido político a la negritud” voceada desde Europa. Finalmente, la plástica y la

música europeas que, reinterpretando las formas estéticas africanas, colocan el acento, más que en su belleza, en su diferencia (Masolo 1994).

La dignidad del pueblo africano, recuperada a través de la “negritud”, la naturaleza política de las relaciones entre occidente y los pueblos no occidentales y la profundidad de las diferencias exaltadas por los valores estéticos de su arte sirven también de recursos para la consolidación del nacionalismo africano, entendido como el proceso de integración armónica de los valores blancos y negros como base de la “nueva personalidad africana”.

Así, el afrocentrismo que busca recuperar el lugar del África y su cultura en el mundo histórico, la africanología como área disciplinar específica y subsidiaria del primero y el nacionalismo como expresión política y filosófica de la personalidad africana, constituyen los escenarios en los cuales se producen, actualmente, los procesos de reconstrucción de la identidad del pueblo africano.

De todo lo antes expuesto nos llaman la atención cuatro rasgos específicos del programa africanológico: su empeño en erigirse en un área disciplinar específica; la necesidad de expandir sus límites hacia el interior de otros territorios, con bases al “origen histórico y cultural”; su uso de la historia como factor integrador fundamental de los datos; y finalmente, su insistencia en la perspectiva centrista de construcción del conocimiento sobre “lo africano”. Todo ello parece hablarnos de un programa, tanto teórico-metodológico como cultural y político en combate con la experiencia occidental, en combate con la

implantación de la modernidad como proyecto universalizador y universal.

La africanología parece verificar que el *territorio* está perdiendo su lugar como figura central del discurso científico que sirvió de base para diferenciar al pasado del presente, y a Occidente del resto del mundo. La africanología al establecer una diferencia entre "espacio imaginado" y "lugar" (Gupta y Ferguson 1992, 11) fractura la representación de las organizaciones territoriales como entidades fijas y discontinuas.

La conciencia acerca de la naturaleza móvil, transterritorial, de los pueblos y/o grupos humanos obliga entonces a repensar las relaciones que se establecen entre *identidad* y *territorialidad*: cómo éstas se reconstruyen en nuevas representaciones sociales del espacio y del tiempo, a través de relaciones múltiples y heterogéneas; y cómo es que el *pasado* y la *tradicción* encuentran sus articulaciones en el debate y escenario contemporáneos.

La africanología razón tiene en rechazar la división occidental del continente africano (África Asiática, África Europea y el África propiamente tal o subsahariana) porque ella responde a los mecanismos geohistóricos de construcción social de las identidades nacionales y/o regionales que, articulada por los africanistas (historiadores europeos, antropólogos, etc.) y administradores coloniales, permitió la expansión del colonialismo imperial europeo sobre el territorio africano.

Por otro lado, se comprende el rechazo explícito de la africanología a la visión etnocéntrica y matricial, de inspiración hegeliana, que divide al mundo en cuatro mundos históricos (oriental, griego, romano y

germánico) para los cuales el resto del mundo sirve de audiencia a la posición central que ocupan cada uno de ellos. El lugar que para la africanología tiene la historia como el factor integrador fundamental de los datos tiene como misión construir un *nuevo mundo histórico* conformado ahora por los territorios y regiones que sirvieron de audiencia en el modelo hegeliano: África, las Américas, el Caribe y algunas regiones de Asia y el Pacífico.

No es el etnocentrismo del modelo de los cuatro mundos lo que rechaza la africanología, —porque ella opera de manera igualmente etnocéntrica—, lo que el programa africanológico expresa es la aspiración, y la intención de que la cultura africana conquiste su espacio histórico en la distribución del espacio-mundo. Espacio histórico silenciado en el modelo de los mundos de inspiración hegeliana.

En consecuencia, el proyecto teórico de la africanología parece orientarse a romper con los mecanismos que —como las representaciones sociales del tiempo y del espacio que organizan y articulan el universo disciplinar occidental— han servido para la dominación de occidente sobre las regiones de África y el mundo occidental. De ahí su necesidad de redefinir los límites espaciales del África; de ahí también su necesidad de erigirse en una disciplina particular, con independencia de las tradicionales. De ahí, finalmente, la justificada necesidad de construir su propia historia.

Pero a pesar de todo lo dicho, una interrogante sigue gravitando alrededor de los estudiosos que se preocupan por el devenir de las ciencias sociales en el siglo XXI: ¿cómo reconciliar las nuevas proposiciones teórico-metodológicas con una "racionalidad

sustantiva”, cuyo proyecto central sea “la inteligibilidad del mundo”, como sistema coherente y lógico que permita *interpretaciones duraderas y más útiles de la realidad social* (Wallerstein 1997, 86)?.

Esta interrogante parece evocar el orden mismo del conocimiento que está siendo interrogado por los estudios culturales, los estudios de la subalternidad y la africanología. El orden (estabilidad), su proyección en el tiempo (durabilidad) y su utilidad (instrumentalidad) son valores coadyuvantes de la modernidad como proyecto universal, ahora al servicio de aquellos procesos y prácticas que tienden hacia la unificación mundial de los espacios sociales, como expresión persistente de una narrativa

REFERENCIAS

- Appadurai, Arjun (1996) “Sovereignty without Territoriality: Notes for a Postnational Geography” “Soberanía sin territorialidad: notas para una geografía postnacional”. En Yaeger Patricia (ed.) *The Geography of Identity [La geografía de la identidad]*. Ann Arbor: The University of Michigan Press. Pp. 40-58.
- Asante, Molefi Kete (1992) *Kemet, Afrocentricity and Knowledge [Kemet, afrocentrismo y conocimiento]* Nueva Jersey: Africa World Press Inc.
- Bernal, Martin (1987) *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization [Atenas Negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica]*. Vol. 1 w. *The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985. [La fabricación de la antigua Grecia 1785-1985]*. Nueva York: Rutgers University Press.
- Blaut, J. M. (1993) *The Colonizer's Model of the World [El modelo del mundo del colonizador]*. Nueva York: The Guilford Press.
- Coronil, Fernando (1996) “Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories” [“Más allá del occidentalismo: hacia categorías geoculturales no imperiales”]. En *Cultural Anthropology* Vol. 11 (1), Febrero. Pp. 51-87.
- Chakrabarty, Dipesh (1997) “Sindicalismo en una cultura jerárquica: los trabajadores del Yute de Calcuta, 1920-1950. En Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (Comp.) *Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Editorial Historias-SEPHIS-Ediciones Aruwiwiri. Pp. 157-194.
- Das Veena (1997) “La subalternidad como perspectiva” En Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (Comp.) *Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Editorial Historias-SEPHIS-Ediciones Aruwiwiri. Pp. 279-292.
- Guha, Ranajit (1997) “Prefacio a los estudios de la subalternidad. Escritos sobre la historia y sociedad sudasiática”. En Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (Comp.) *Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Editorial Historias-SEPHIS-Ediciones Aruwiwiri. Pp. 23-24.
- Gupta Akhil y Ferguson James (1992) “Beyond Culture: Space, Identity, and the Politics of Difference”. *Cultural Anthropology*, Vol. 7, N° 1. Pp. 6-23.
- Masolo, D. A. (1994) *African Philosophy in Search of Identity [La filosofía africana en busca de identidad]*. Edinburgo: Edinburgo University Press.
- Pandey, Gyan (1997) “Rebelión campesina y nacionalismo indio: el movimiento campesino en Awadh, 1912-22”. En Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (Comp.) *Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*. La Paz: Editorial Historias-SEPHIS-Ediciones Aruwiwiri. Pp. 73-118.
- Prakash, Gyan (1997) “Los estudios de la subalternidad como crítica post-colonial”. En

Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (Comp.) **Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad**. La Paz: Editorial Historias-SEPHIS-Ediciones Aruwiwiri. Pp. 293-314.

Puolantzas, Nico (1978) **State, Power, Socialism [Estado, Poder, Socialismo]**. Londres: New Left Books.

Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (1997) "Presentación". En Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (Comp.) **Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad**. La Paz: Editorial Historias-SEPHIS-Ediciones Aruwiwiri. Pp. 11-22.

Said, Edward (1996) **Cultura e Imperialismo**. Barcelona: Editorial Anagrama.

Shaid, Amin (1997) "Testimonio de un testigo de cargo: discurso judicial en el caso de Chauri Chaura". En Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (Comp.) **Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad**. La Paz: Editorial Historias-SEPHIS-Ediciones Aruwiwiri. Pp. 119-153.

Smith, Anthony (1990) "Toward a Global Culture"? En Mike Featherstone (Edit.) **Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity**. Pp. 171-192.

Spivak Gayatri Chakravorty (1997) "Estudios de la subalternidad: desconstruyendo la historiografía". En Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (Comp.) **Debates Post Coloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad**. La Paz: Editorial Historias-SEPHIS-Ediciones Aruwiwiri. Pp. 247-278.

Thomson, Jeanice E. (1993) "Explaining the Regulation of Transnational Practices State-building Approach". En Rosenau, James N. Y Czempiel, Ernst Otto (Eds.) **Governance without Government. Order and change in World Politics**. Nueva York: Cambridge University Press. Pp. 195-218.

Wallerstein, Immanuel (1996) (Coord.) **Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales**. México: Siglo Veintiuno Editores.

Tierra Firme. Caracas - Venezuela,
Nº 66, Año 17 Vol. XVII. pp. 219-235, 1999

Order and chaos within a new dimension of culture

Ximena Agudo

Abstract:

This paper is aimed at assessing the role of some theoretical and epistemological premises, which during the last decades have questioned the order of modern thinking, in the context of the changes, which have taken place within social science. Cultural studies, studies on

L'ordre et le chaos dans une nouvelle dimension de la culture

Ximena Agudo

Résumé:

Ce travail se propose d'évaluer la participation du processus de transformations qui a eu lieu en sciences sociales. Les études culturelles, les études sur la subalternité et l'africologie servent à analyser quelques —uns des aspects

subordination, as well as African studies set the stage for the analysis of some aspects through which social science is redefined within the contemporary context. Furthermore, this paper analyses several issues, such as the relation between the researcher and the object studied, the restitution of time and space as inner variables, and finally the relation among the political, economic, social and cultural realms.

Key words:

Modernity, subordination, time, space, African studies, cultural studies, Indigenous studies, society/world, cultural fight.

à travers lesquels on cherche la redéfinition des sciences sociales dans le contexte contemporain. Ainsi, le rapport entre le chercheur et le sujet de la recherche, la restitution de l'espace et du temps, comme variables internes de l'analyse et la conjonction entre les milieux politiques, économiques, sociaux et ou culturels sont quelques-uns des problèmes qui se discutent ici.

Mots clefs:

Modernité, subalternité, temps, espace, africologie, études culturelles, indologie, société, monde, lutte culturelle.